
SERMON DÉCIMONONO.

Del conocimiento producido en el espíritu por la doctrina católica.

MONSEÑOR :

Señores :

YA hemos demostrado que la doctrina católica toma posesion del entendimiento humano por una doble fuerza que produce una doble certidumbre : por la fuerza racional, que produce una certidumbre racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana, inmutable; y por la fuerza mística, que produce una certidumbre mística, es decir, una conviccion iliterata, transluminosa, y que excluye la duda. Una de estas fuerzas es visible, y llena el mundo con su brillo; la otra es invisible, y llena el alma de los cristianos con sus fenómenos poderosos é irresistibles. Ambas se apoyan la una en la otra : la fuerza visible se manifiesta aun á aquellos que no quieren verla, y la fuerza invisible sostiene por dentro todo este edificio, como la fuerza matemática, que es invisible, sostiene una obra exterior de arquitectura. Nada hay en el mundo que no sea á la vez visible é invisible, y cuando uno se fija en la fuerza mística se apodera al propio tiempo de la fuerza matemática. Porque, en suma, ¿quién ha visto la fuerza matemática, quién la ha tocado, quién se hace cargo de ella

sino por el apoyo interior que presta á nuestras construcciones exteriores?

Es ya mucho, Señores, sostener á la humanidad con dos fuerzas, la una visible, la otra invisible; por dos certidumbres, la una racional, la otra sobreracional; y sin embargo, esto no es bastante todavia. El hombre no se adhiere á la certidumbre, sino porque se adhiere al conocimiento; la certidumbre es una simple cualidad del conocimiento. Aun cuando una certidumbre sea perfecta, puede ser de muy poca importancia, si no lleva tras sí un conocimiento dotado de grandeza. El hombre desea conocer, y por consiguiente la doctrina católica debe tomar posesion del entendimiento por un conocimiento. El conocimiento es la vista de los seres y de sus relaciones. Ver lo que es, ver los vínculos que existen entre todas las cosas que son, es conocer; y un conocimiento tiene tanto mas mérito, cuanto mas dotado se halle de extension, de profundidad y de evidencia. Paso, pues, por una transicion natural y necesaria desde el fenómeno de la certidumbre católica al fenómeno del conocimiento católico: examinaré el estado del conocimiento humano y del conocimiento católico; demostraré en primer lugar que el conocimiento humano carece de extension, de profundidad y de evidencia; y en segundo lugar demostraré que la doctrina católica es clara, profunda y extensa.

Notad bien, Señores, cómo queda sentada la cuestion. No se trata de averiguar ahora si la doctrina católica es cierta, y por consiguiente si es verdadera; eso ya lo he probado: ya lo he probado, no completamente ni aduciendo todas las pruebas que estaban á mi alcance; pero en fin, lo he probado, y debia hacerlo ante todo, porque cuando se trata de una doctrina cualquiera, el primer paso es averiguar si es cierta ó incierta, si es verdadera ó falsa. Trató

ahora del conocimiento católico; y os ruego que mientras raciocino no me opongais la cuestion de la certidumbre, que considero como segregada. No puedo tratar á la vez dos cuestiones, ni demostraros al mismo tiempo el grado de certidumbre y el grado de conocimiento de que es deudor el espíritu á la doctrina católica. Establecido se halla el grado de certidumbre, y de él parto como de una base, sin lo cual nada habria hecho. Supuesta la certidumbre, examino lo que la doctrina católica nos enseña; y cuando os demuestre su claridad, su profundidad y su extension, no tendréis derecho de oponerme la cuestion de su certidumbre, puesto que es una cuestion ya resuelta.

La primera cualidad del conocimiento es la extension. El espíritu del hombre está formado de tal manera, que cuando adquiere cierto grado de conocimiento, no se detiene, sino que anhela pasar mas adelante. Así como se dice de Alejandro que desde sus juveniles años soñaba con la conquista del universo, apenas el espíritu del hombre se ha despertado á la luz de la verdad, apenas ha columbrado seres y relaciones entre los seres, anhela tener dominio sobre el universo, aspira á penetrar en él y conquistarle. La razon es muy sencilla. Nuestro espíritu es una luz, la luz quiere unirse á la luz; y por mas que le hayais vertido de esta copa durante muchos siglos, os dirá: Todavía no es bastante. Además, bien concebis que hallándose encadenados todos los seres unos á otros, cuando he descubierto una relacion entre dos seres, esta relacion que me es patente, me inducirá á percibir otra, sea en escala ascendente, ó sea en escala descendente. Es una cadera, y mientras no haya tocado al último eslabon, subo ó bajo siempre. Soy como un areonauta conducido en su osada barquilla; voy mientras el aire me sostiene; y como el

aire, al menos en la apariencia, no tiene fin, voy hasta que, por un obstáculo que no depende de mí, me encuentro detenido. Así está formado el espíritu del hombre. Pero su conocimiento ¿corresponde á su deseo de conocer? ¡Ay de mí! no; el conocimiento humano no tiene extension, y esta es su primera desgracia. La tierra, que nos sustenta y es el punto de partida de nuestras observaciones, equivale á una barquilla en medio de un océano sin riberas; barquilla inmóvil, porque describe un círculo que es invariable, y este centro mismo de nuestra vida, esta barquilla perdida en la inmensidad, ¿la conocemos acaso? ¿Conocemos nosotros el punto estrecho de donde deben proceder nuestras investigaciones y partir los rayos de nuestro conocimiento? Desde que la ciencia se ocupa de la configuracion interna de nuestro globo, á consecuencia de los descubrimientos de la geología, hemos formado millares de sistemas que se destruyen unos á otros; y por lo mismo que está debajo de la imperceptible capa sometida á nuestros experimentos, la ignoramos completamente.

Si luego desde el centro nos lanzamos á la circunferencia, ¿qué vemos? Descubrimos infinidad de globos luminosos, sembrados á distancias que no pueden calcular nuestros instrumentos; y aun cuando pudieran calcularlos, aun no seria nada, porque mas allá de esos bajeles luminosos, ¿quién sabe si hay otros? ¿Acaso descubrimos todo lo que existe? ¿Acaso no hay estrellas mas allá de las estrellas? ¿No hay astros invisibles mas allá de los astros visibles? ¿Es el hombre la mas perfecta de las criaturas? No existen espíritus puros? Debajo de nosotros vemos disminuirse los séres; podrán tal vez crecer sobre nosotros y formar magníficas jerarquias: sobre este punto no se pronuncia la ciencia; nos adhiere á la superficie de esta tierra; y á la del cielo aparente, y luego nos dice:

Con todo lo demás formaréis filosofía, religion, pero ciencia nunca. Me atengo en un todo á esta idea.

Así el conocimiento humano, que debe someterme todos los séres, apenas me somete aquellos que caen bajo los sentidos en el mundo: no tiene, pues, extension, ni tiene tampoco profundidad.

Aun cuando conociéramos fenomenalmente todos los séres, hay mas allá de los fenómenos que revelan su existencia, causas, leyes y sustancias; no basta haber entrevisto los séres, el espíritu humano va mas lejos. Se pregunta al punto: ¿Cuál es la causa de estos fenómenos que manifiestan los séres? La tierra gira en derredor del sol en 365 dias, 6 horas y algunos minutos: ¿cuál es la causa de este movimiento? La llamais la fuerza de la gravitacion; ¿y qué es la fuerza de la gravitacion? ¿Qué es una fuerza? Toda causa es una fuerza. ¿Quién ha visto fuerzas? Vosotros nos preguntais: ¿Qué es la fuerza mistica? ¿Dónde la habeis visto? Pero esa fuerza que da movimiento á vuestro globo, y con él á vosotros, ¿quién la ha visto? ¿quién la ha tocado? Existe en mí una fuerza que me anima, que sale de mis labios en este instante, que aspira á conmoveros; ¿porqué no la admitís como la fuerza que hace girar la tierra en derredor del sol? ¿Sabeis, en fin, qué es una fuerza? Vosotros decis que los fenómenos se producen con el auxilio de fuerzas eléctricas, magnéticas y gravitantes; pero ¿qué son estas fuerzas? Vosotros lo ignorais. Sin embargo, sin fuerza todo es inmóvil, todo muerto, nada respira, no se percibe un soplo, todo está como un bosque en esos momentos que preceden á las tempestades en que reina una inmovilidad sorda, terrible.

Mas allá de las causas, mas allá de las fuerzas están las leyes. Me hago cargo de que la causa obra segun una regla determinada que está dominada por otra fuerza, que es la ley; así vosotros decis que los cuerpos

se atraen por la gravitacion en razon inversa del cuadrado de las distancias. ¿Y porqué los cuerpos se atraen en razon inversa del cuadrado de las distancias? ¿Cómo una fuerza tiene tras de sí otra fuerza que la mantiene en un círculo, y del cual no le permite apartarse? ¿Qué es una fuerza que existe encima de otra fuerza, como una rueda encima de otra rueda? Vosotros decís: Existe una fuerza, una causa; esta causa está regularizada, luego hay una ley. Pero ¿qué es esta ley? lo ignorais, y á pesar de eso os llamais sabios y os extasiais delante de la fuerza y de su ley. Vosotros decís: Hemos visto el fenómeno, hemos confirmado la causa, hemos definido su ley. Espectadores de una política divina y desconocida, sois como el curioso que asistiese a los consejos de los reyes, á los piés de sus palacios, entre la multitud de sus guardias y de sus servidores, y conoceis por el mensaje que pasa las órdenes que lleva; columbrais el sobrescrito y la letra, y creéis conocer los destinos contenidos en ese papel misterioso, sellados por una mano invisible para nosotros.

Pero ved otra cosa: mas allá de las causas y de las leyes, mas allá de la fuerza que obra, y de la fuerza que regulariza, descubro en mi espíritu la sustancia ó la esencia, razon última de la ley, de la causa y del fenómeno, y me pregunto en qué consiste esa sustancia, que es el fondo de todo. Examino una gota de agua, pregunto á la ciencia, y me dice: Es una combinacion de oxígeno y de hidrógeno. Bien lo veo, pero analizada, ¿qué es? Me diréis: Es un elemento; pero ¿qué es un elemento? vosotros no conoceis la sustancia de una sola gota de agua, solo conoceis la descomposicion primera; y cuando la encontrásteis, toda la ciencia se pasmó de gozo, y dijo: La química está creada, el siglo XVIII es el que ha descubierto la descomposicion del agua. Desde allí datará la cien-

cia en la posteridad, hasta que venga otro siglo que haga, si Dios quiere, un segundo descubrimiento y se proclame con igual razon padre de la ciencia, de esa ciencia siempre por formar, aun cuando esté formada. Veis fenómenos que revelan los séres, y de allí pasais á las causas, á las leyes, á las sustancias; no conoceis ni las causas, ni las leyes, ni las sustancias, y como los fenómenos no son mas que sus expresiones, no conoceis nada, al menos con profundidad.

Pero estas desgracias son bien insignificantes en comparacion de la que me resta demostraros, y es la falta de claridad; porque al fin aun cuando no tuviéramos extension ni profundidad de conocimiento, esto seria una ignorancia; no sobriamos y esto era todo: cada cual adoptaria su partido. Diria: Ignoro, y seguiria su camino. Pero no solo ignorais, sino que en lo poco que sabeis, hay misterios que erizan los cabellos, misterios que atañen á vuestra existencia de cada momento, á todos vuestros deberes, á todos vuestros derechos, á todos vuestros intereses, á todo lo que sois. No podeis dar un paso sin encontrar esos misterios, y sin tener necesidad de resolverlos. Expondremos algunos de ellos.

Por ejemplo, la materia ¿es creada ó no es creada? Si no es creada, existe por sí misma. ¿Y cómo puede existir por sí misma una cosa tan vacía y tan inerte? ¿Qué es lo que puede limitar una cosa que existe por sí misma? ¿Qué! existe mi polvo por sí mismo, y cuando tengo una fiebre no puedo curarla. Esto sí que es extraordinario. Si la materia no existe por sí misma, es creada. Pero ¿qué es crear? ¿Qué es hacer lo que no existia, y hacerlo con nada sin el auxilio de una materia preexistente? Ved aquí otro abismo. Observo en seguida que si tengo un cuerpo que es materia, tengo igualmente un no sé qué á que llamo espíritu. ¿Es el espíritu diferente de la materia? Si el

espíritu es la misma cosa que la materia, ¿porqué no hablan estas columnas? ¿Quién les ha dicho que permanezcan inmóviles? Yo desearia que me colocaran en algun punto como columna ó como baluarte y me dijeran: Tú permanecerás aquí mil años. Pero si la materia es otra cosa que el espíritu, si la materia es inerte, mientras el espíritu está vivo; si la materia se deja cortar por un perdido, mientras los mas grandes hombres experimentan gran dificultad en gobernarnos; si la materia, repito, es otra cosa que el espíritu, ¿cómo la materia y el espíritu están unidos en el hombre para no formar mas que una sola persona, un solo servicio? ¿Cómo dos cosas tan desemejantes como lo que está muerto y lo que está vivo, forman una sola unidad, una sola personalidad viva y activa? Además, ¿quién ha hecho este sér, y por quién ha sido hecho? Yo he sido una eternidad sin existir; aparentemente no habia necesidad de mí, y de repente me han despertado en la eternidad de mi sueño, colocándome no sé dónde. Ese poder que de mí no necesitaba, que me habia menospreciado durante la eternidad, me ha despertado, me ha dado ojos, una boca y un entendimiento, ¿y porqué? ¿Cómo de repente ha tenido necesidad de mí, despues de haber sido inútil por tan largo tiempo? Si yo era bueno para ese poder, pudo apercibirse mas pronto de ello; y si no era bueno para ese poder, ¿porqué me ha echado á este mundo? Miro, y no veo mas que hombres que se devoran unos á otros; todos los hijos de Adán, adheridos al terreno del cuerpo y del alma, se disputan un pan escaso y amargo; y por último, tal hacinamiento de dolores, que no hay un solo hombre en esta ciudad que tuviera valor para dormir, y para tomar su sustento, si supiera lo que acontece a su lado: ¡tantas son las existencias marchitas que contiene el mundo, y los corazones desolados, y las

carnes desnudas, y las almas corrompidas y los tormentos de todas especies!

¡Ah, Señores! no son estas cuestiones ociosas. Al salir de aquí las hallaréis palpitantes en el umbral, os seguirán en vuestros placeres, en vuestros negocios, en vuestras alegrías, en vuestras turbaciones, en vuestras esperanzas y en vuestra desesperacion. Os preguntaréis siempre, y con oportunidad, qué es la materia, qué es el espíritu, si Dios es bueno ó malo, si moriréis del todo, si tendréis ó no tendréis que dar cuenta de vuestras acciones.

Agobiado como me encuentro yo mismo, voy á consultar á los hombres que han recibido en cada siglo un genio mas elevado que los demás, aquellos á quienes se les puede llamar grandes de espíritu. Y me digo en mi alma: Despues de todo, aquí bajo hay antorchas, hombres que Dios ha criado para dominar á la humanidad; iré á ellos como un discípulo modesto, y les diré: Yo pobre ignorante que gano penosamente mi vida, vengo á vosotros que teneis tantos ocios y tantas luces, vengo á preguntaros cuál es el secreto de mi vida y el resultado de vuestras investigaciones. Ahora bien, ¿qué es lo que encuentro?

Uno me dice: ¿Porqué os alterais? El bien y el mal, la materia y el espíritu sois vos mismo; vuestra imaginacion es la que engendra todas esas cosas: no haceis mas que soñar: solo vuestro *yo* es cierto y sólido; el *no yo*, lo que está fuera de vosotros, no podeis deducirlo ni demostrarlo: solo vos existis. Dios, los séres, lo infinito, lo finito, y todos esos fenómenos que pasan en derredor de vos, son simplemente sueños de vuestro espíritu. He oido al panteísmo idealista.

Otro me responde: Guardaos de creer que vos sois la sola realidad; por el contrario, no sois mas que un sueño, solo Dios existe, el absoluto solo

existe, el infinito solo existe. Un día que se durmió sin que se sepa por qué, tuvo un sueño, y vos fuisteis ese sueño; vuestro error consiste en quererlos hacer realidad. He oído al panteísmo indiano.

Espinosa me dice á su vez: No, vos no sois ni un sueño, ni la realidad total y absoluta. Dios existe; tiene dos atributos, el espíritu y la extensión; manifiesta estos dos atributos por todos los fenómenos de la materia y del espíritu. Vos, espíritu y materia, vos sois una doble manifestación de Dios. Es vuestra dignidad de ser una porción de ese ser todopoderoso, de ese ser que es espíritu y materia, extenso y no extenso; por consiguiente no sois una idea, ni un sueño de Dios, sino una modificación, una faz de Dios. Estais destinado desde al principio hasta el fin á representar la divinidad bajo cierta forma. Dios es una cristalización de la que vos sois una faceta.

Un cuarto individuo se apresura y me dice en tono festivo: Todas esas gentes son personas de talento; pero no poseen la verdad: la verdad es mucho más sencilla, y héla aquí: No existe más que materia, y aun, para revelaros el fondo de la ciencia, no existen más que átomos: estos átomos se mueven en un espacio indeterminado. Tienen ciertos medios de encontrarse, ó, para servirme de la expresión en toda la desnudez, de atraerse uno á otro. Vos sois un conjunto feliz de átomos que después de millones de azares se han entrelazado y aderezado una vez. Mientras esto dura, gozad de ello, pues bien puede apostarse á que una vez separados vuestros átomos, no volverán á encontrarse de la misma manera; y puesto que esta vez es única, tratad de que sea buena. Este es mi consejo, y soy Epicuro para serviros.

Aun no ha acabado de hablar Epicuro, cuando otro me dice: Nada de eso; todo es espíritu, la materia

es una ilusión, nuestros sentidos nos extravían y no nos presentan más que fantasmas vanas; vivid del espíritu, porque espíritu es todo.

Otro se presenta: ¿Qué queréis? me dice; unos afirman una cosa, y otros otra; cada cual tiene sus razones, y bien considerado, todo es posible y hasta probable. Es probable que no haya más que espíritus, y es probable que no haya más que materia; es probable que vos seais Dios, y es probable que no seais más que un sueño; es probable que haya mal, y es probable que no lo haya; es probable que lo haya todo, y es probable que no haya nada. Todo es posible; si me creéis no vayáis más lejos, pues esta es la última lección de la sabiduría.

Dios sabe, Señores, que al exponeros estos sistemas no trato de disfrazarlos ni de ponerlos en ridículo, no; todo lo que acabais de oír esta escrito, impreso, reimpresso, formando las obras maestras del espíritu humano abandonado á sí mismo, el resultado de los esfuerzos de los más profundos pensadores por espacio de sesenta siglos. Dios los juzgará; pero al fin eran hombres á quienes hubierais honrado en su mayor parte, y cuyo gran infortunio era buscar solo en su razón la explicación del prodigioso misterio de la vida. No, no nos riamos de la humanidad en los hombres más eminentes que ha producido. Cuando se nos presenten á la vista esas creaciones del espíritu humano, tengamos compasión de nuestra debilidad; admiremos lo poco que podemos, y guardémonos de sonreír. Esta es una grande instrucción que Dios nos ha dado, y de la que debemos aprovecharnos, más para adquirir la desconfianza de nosotros mismos que para insultar á la miseria de nuestros semejantes. La enumeración de todos esos sistemas me hubiera conducido naturalmente á otros más recientes; pero he querido callar; no permita Dios que desde lo alto de

este púlpito haga la menor alusion que pueda causar pesadumbre á un hombre vivo. He dicho bastantes cosas que deben instruirnos, y no ataco á hombres á quienes la gracia de Dios puede ilustrar y hacer nuestros hermanos.

Por tristes que sean las oscuridades en que nos hallamos sumidos, no obstante, si las realidades de la vida no nos acosaran, si la vida fuera una reunion académica, si no tuviéramos que hacer mas que pensar y prestar oido á nuestros pensamientos, acaso el misterio seria soportable. Pero yo os conjuro á que me digais, ¿es la vida tan fácil y de tan poco peso, que podamos aceptar con tantos dolores la desesperacion de no explicárnoslos siquiera? ¿Qué! yo quiero conocer, y me hace traicion el conocimiento; quiero amar, y me hace traicion el amor; quiero vivir, y me hace traicion la vida; vago entre la bendicion y la maldicion, no sabiendo si el Dios que me ha formado es un bueno ó un mal genio: veo á mis semejantes sufrir, y aun cuando yo mismo no sufriera, ¿puedo separarme de los males de la humanidad y separar mi causa de su causa? Predicador tranquilo, y recibiendo los honores de vuestra atencion, ¿no me asisten el derecho y el deber de evocar delante de vosotros la terrible realidad de la vida, para oponer á vuestra vana ciencia la ciencia demasiado cierta de nuestro infortunio? Al salir de aquí, Señores, subid á un sexto piso de esta ciudad; allí encontraréis la vida tal como es, y juzgaréis á los piés de esos lechos si podeis trasladar allí los sistemas de los sabios de este mundo. No, no es posible que no exista otro conocimiento que el conocimiento puramente humano; y puesto que vanamente he consultado á los sabios, me dirigiré á otra parte. ¿No hay aquí algun sacerdote anciano, con su frente ceñida de canas? Iré á él, y le diré: He visto á los sabios, he consultado

su ciencia, vengo á oír la vuestra. Puesto que he escuchado al filósofo, bien puedo escuchar al sacerdote; el sacerdote es tambien una faz de la humanidad, es de carne y hueso, circula sangre por sus venas, es hijo de Adán como vosotros, y si por casualidad es todavía mas absurdo que el filósofo, tendrá al menos la ventaja y el mérito de una gran dificultad vencida.

Los sabios á quienes hemos consultado nos afirmaban que su sistema era el único comprensible, el único que mostraba á las claras la verdad. La doctrina católica, y esta es la primera advertencia que excita mi admiracion y mi amor, la doctrina católica no usa este lenguaje; por el contrario nos dice: Hombre, tú puedes conocerlo todo; pero no puedes comprender nada: tú puedes conocerlo todo, porque nosotros vemos las cosas; pero tú no puedes comprender nada, porque nosotros las vemos *en reflejo y en enigma* (1). Y cualquiera, dice la Escritura, que *quiera sondear la majestad de las obras divinas, será inevitablemente oprimido por la gloria* (2). Así, no creais que os traigo la comprension, no; os traigo el conocimiento y la incomprension.

¿Porqué no podeis comprender? Ante todo, porque Dios no quiere; él es el árbitro, nos ha formado, nos ha dado la parte de conocimiento que le plugo, y no quiere que nosotros le comprendamos, ni á él, ni sus obras. Quiere que esteis advertidos de vuestra pequeñez, que conozcais la miseria de vuestra existencia finita. Ha tendido entre él y vosotros un velo que solo rasgará la muerte, como la muerte de Cristo rasgó en el templo de Jerusalem el velo que ocultaba al Santo de los santos. Dios no quiere que compren-

(1) S. Pablo, 1^a. epist. á los Corintios, cap. 13, vers. 12.

(2) Proverbios, cap. 25, vers. 27.

dais, porque quiere que merezcáis; vosotros no sois solo soldados inertes á quienes se ha preparado una victoria de teatro, y que no necesitan mas que presentarse con armas brillantes en medio de una multitud que los aplaude; vosotros habeis sido colocados como soldados reales en medio de dificultades espantosas, en medio de abismos cuya vista debe haceros temblar los piés y la cabeza: tal es vuestra situacion, porque sois grandes. Yo os pregunto, ¿cuál sería vuestra grandeza si todo lo hubierais visto y conocido y penetrado? ¿Qué tendríais que hacer aquí bajo sino levantaros por la mañana, acostaros por la noche, cortar vestidos, hacer calzado y dar la guardia en el palacio de los reyes con un uniforme vistoso? Forzoso era para vuestra gloria que hubiese una lucha espiritual; convenia que mereciérais la luz combatiendo en la oscuridad. Tal ha sido el plan de Dios: el orgullo os le oculta, y la humildad os le revela; y sin duda el primer conocimiento que os deberia dar la doctrina católica es el de vosotros mismos, el *conócete á ti mismo*, como se habia esculpido en el frontis de un templo antiguo.

Además no podeis comprender, porque vuestra naturaleza finita no os lo consiente; y aun cuando vierais á Dios cara á cara, todavía no le comprenderíais plenamente, porque Dios es infinito y vosotros sois finitos, y es matemáticamente absurdo que lo finito abarque lo infinito. Solo Dios tiene la comprension infinita. Indudablemente, si viéramos á Dios cara á cara, nos serian conocidos muchos misterios; pero aun quedarian oscuridades cuya naturaleza no podríamos determinar, pues es evidente que nunca lo finito comprenderá lo infinito como lo infinito se comprende á si mismo.

Este es el primer descanso que nos causa la doctrina católica; dándonos la medida de nuestras fuer-

zas nos enseña á no buscar lo que no podemos obtener, é infunde una gran claridad dentro de nosotros mismos sobre nosotros mismos. Pero ¿se reduce á esto? No, sin duda. Vosotros disputais sobre las cuestiones mas fundamentales, y ni aun siquiera teneis tiempo de discutir las; tanto os estrechan las necesidades de la vida. ¿Cuál es, pues, vuestra mayor necesidad? Es la de que no haya mas cuestiones. El mayor beneficio de Dios, respecto del hombre, es seguramente el de hacer que no haya mas cuestiones; porque cuando no haya mas cuestiones, no habrá mas oscuridad, atendido á que la cuestion es la que engendra la oscuridad. Pues bien, ¿qué ha hecho Dios? Dios ha respondido clara y manifiestamente á todas vuestras cuestiones; os ha presentado de un solo golpe de vista, en una sola página, lo que todos vuestros libros no os habian enseñado. Vosotros preguntais, ¿qué es la materia? Dios os ha respondido: Es una sustancia desnuda de inteligencia y de libertad. Vosotros preguntais, ¿qué es el espíritu? Dios os ha respondido: Es una sustancia dotada de inteligencia y de libertad. Vosotros preguntais, ¿son la materia y el espíritu cosas creadas ó increadas? Dios os ha respondido: Son creadas. Vosotros preguntais, ¿forman el cuerpo y el alma un solo conjunto? Dios os ha respondido: Vosotros sois de una doble naturaleza, á la vez cuerpo y alma, unidos por una relacion de distincion en la sustancia, y de unidad en la persona. Vosotros preguntais, ¿quién nos ha hecho? Dios ha respondido: Yo. Vosotros preguntais, ¿porqué? Dios ha respondido: Porque os he amado desde la eternidad. Vosotros preguntais, ¿y porqué no mas pronto? Dios ha respondido: Porque no hay mas pronto ni mas tarde para lo que es eterno. Vosotros preguntais, ¿quién ha hecho el mal? Dios os ha respondido: Vosotros le habeis hecho, vosotros y las demás criaturas libres; vosotros

sois libres, porque vosotros sois espíritus, y los espíritus son seres dotados de inteligencia y de libertad, y convenia que vosotros mereciérais vuestra ventura. Vosotros preguntais, ¿cuál es nuestro destino? Dios ha respondido: Vivir eternamente. Vosotros preguntais, ¿cuál es nuestro deber? Dios ha respondido: Servirme, observar mis mandamientos, que son, aun en la tierra, el origen de vuestra vida y felicidad.

Sentado esto, Señores, yo os pregunto, ¿no están resueltas todas las cuestiones fundamentales que os agitan? ¿Queda una sola cuestion entre Dios y vosotros? Sin duda no teneis una demostracion metafisica de su solucion, convengo en ello; pero teneis otra cosa mejor que esto, y voy á probarlo. Seguramente nada hay mejor demostrado que las matemáticas: santo Tomás establece en alguna parte que el mas alto grado de claridad que Dios ha dado á las verdades de deducción, es la claridad matemática. Pues bien, ¿quién está iluminado por la claridad matemática? ¿Cuántos hombres hay sobre la tierra que sepan las demostraciones matemáticas, exceptuando los primeros elementos? ¿Y qué vendria á ser la humanidad, si para vivir estuviera obligada á entender, no digo el cálculo integral y diferencial, sino solo los ocho libros de geometría de Legendre? Evidentemente parecería antes de conseguirlo. ¡Y vosotros creéis que Dios hubiera salvado, convertido y gobernado el mundo enviándole en vez del Evangelio ocho libros de geometría católica!

Hay, pues, claridad en la doctrina católica, una inmensa claridad, porque responde con la autoridad soberana de Dios á todas las cuestiones, las resuelve, las define y hasta les quita su cualidad de cuestiones, atendido á que nada hay que investigar donde existe una respuesta soberana y absoluta. Ya no tenemos ni

aun que racionar, y este es un grande beneficio, porque nosotros no estamos aqui para racionar sino para obrar, para edificar en el tiempo una obra eterna.

Diréis acaso: Este conocimiento de la verdad por soluciones ya hechas no es mas que un conocimiento nominal, que en último resultado nos revela proposiciones; y esto es todo sin duda. Señores, la doctrina católica no os da la comprension; pero os da un conocimiento real de los seres y de sus relaciones en la palabra de Dios, porque la palabra de Dios es un espejo inteligible. Cuando Dios nos dice, por ejemplo, que él ha creado el mundo, ciertamente yo no me represento el acto creador, no me represento cómo hizo que existiera por un simple acto de voluntad; pero entiendo perfectamente lo que Dios quiere decir; veo muy bien que Dios para hacer el mundo no se sirvió, como lo hacemos nosotros, de una materia preexistente; yo no comprendo su acto, pero entiendo lo que es. Este conocimiento, aunque incompleto, es un conocimiento efectivo, que me revela en pocas palabras todo lo que me importa saber, sin que tenga necesidad de estudiarlo. La verdad está grabada en un indeleble bronce, donde todo el mundo puede leer su origen, sus deberes, sus derechos, sus intereses, sus destinos. El pobre al pasar con su carga delante de un Crucifijo, ve por qué van cargados sus hombros; el niño aprende sin trabajo la mas profunda metafisica al deletrear el alfabeto, crece recitando los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, el simbolo de los Apóstoles y el Padre nuestro *que estás en los cielos*; y lo sabe todo antes de haber sospechado qué cosa es saber; lo sabe todo sin discusion, sin geometria y hasta sin la oscuridad inevitable de toda demostracion; lo sabe todo por la palabra inteligible de Dios aceptada con sencillez. Vendrá un tiempo en que esa luz se cambiará en

otra luz, en otra naturaleza de vision; pero aun entonces nada aprenderemos de nuevo sobre la materia, sobre el espíritu, Dios, el hombre, la creacion y nuestro destino final. Nosotros veremos de otra manera lo que ya vemos; veremos en la esencia divina lo que habiamos visto en su palabra.

En cuanto á la profundidad del conocimiento católico y su extension, no son mas que consecuencias sobre las que voy á pasar rápidamente. Con efecto, por la doctrina católica nos remontamos á la causa primera de nuestro sér: ella nos dice cuáles son las relaciones que nos unen á Dios, y lo que constituye el misterio fundamental de la vida; nos revela la causa de las causas, la ley de las leyes, la sustancia de las sustancias, la razon final y suprema de todos los fenómenos. Desde que nos ha dicho estas palabras: Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, hay una Trinidad de personas y unidad de sustancia; todo fenómeno, toda causa, toda ley, toda sustancia ha sido manifestada en su origen.

Bajo el aspecto de la extension, nos abre la doctrina católica sobre el universo un horizonte que lo abarca hasta sus límites postreros. Ella nos enseña que los séres forman una escala graduada desde el átomo hasta Dios; que existen jerarquias invisibles de espíritus ligadas entre sí y con nosotros por relaciones profundas, de donde resulta la unidad del mundo, un solo y sublime movimiento, que hace que las cosas que parten de Dios, se encaminen á Dios en una órbita misteriosa, de la cual el hombre, espíritu y materia, ocupa el punto central.

Y de este modo llegamos por la doctrina católica á una triple paz, paz de la claridad, paz de la profundidad, paz de la extension en el conocimiento. Entre nosotros y vosotros, Señores, hay la diferencia que existe entre las turbaciones y la paz.

Vosotros buskais, y para nosotros esa cuestion no existe; dudais, y para nosotros ni aun siquiera hay movimiento, sino mirada fija; vosotros edificais y destruis alternativamente, para nosotros todo acto edifica; hasta el tiempo se escapa á vuestra accion vacilante, á nosotros la eternidad nos sigue y nunca nos abandona. Eso consiste en que la doctrina católica subsiste, mas ó menos desarrollada, desde el principio del mundo, aunque siempre combatida; y el mundo se sostiene sobre su base, porque la doctrina católica ha sido resucitada en Jesucristo, en los misterios de su vida y de su muerte. Ella mantiene en algunas palabras el conocimiento de las causas, de las leyes, de las sustancias, de todas las verdaderas relaciones de los séres, que el esfuerzo humano propende á desconocer y á trastornar de continuo. Ved, pues, Señores, comparando estas dos situaciones, qué partido queris tomar una vez en vuestra vida. Por una parte existen sistemas sin consistencia, que se chocan y se destruyen, cuya enunciacion aun no habeis podido oír sin irónica sorpresa; por la otra parte existe la doctrina católica, doctrina sencilla, natural, en que todo está definido y todo sentado sobre sólida base. Entrad en el seno de la Iglesia; pasad desde el campo de las turbaciones al campo de la paz; desde el campo de la oscuridad al campo de la luz; desde el campo de la estrechez al campo de la extension, de la anchura y de la profundidad, á fin de que al encontraros un dia en lugares mas íntimos que estos, pueda decirlos lo que S. Pablo decia á los primeros cristianos: *En otro tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor* (1).

(1) Epist. á los Efesios, cap. 5, vers. 8.